









Yael TAMIR

**EL PORQUÉ
DEL NACIONALISMO**

Traducción de
Daniel Esteban Sanzol



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN

Primera edición: mayo 2021

Título original:

Why Nationalism

Why Nationalism © 2019 by Yael Tamir

© 2021, de la traducción

Daniel Esteban Sanzol

© 2021, de la cubierta

Irene Bofill

© 2021, de esta edición

Barlin Project SL

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por:

BARLIN LIBROS

Avda. Balears 61, 4º, 20

46023 (Valencia)

BIC: JPFN

ISBN: 978-84-123319-1-2

Depósito legal: V-1191-2021

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

*Publicado en su edición original
en inglés por Princeton University Press*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del copyright, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com 91 308 65 30 / 95 272 04 45, licencias@cedro.org)

PREFACIO

5

I - ¿Es el nacionalismo lo opuesto del patriotismo?.....	10
II - La era de la convergencia.....	17
III - La pandemia del Coronavirus y el ordenamiento nacional del mundo.....	25

PREÁMBULO

por Dani Rodrik

33

NOTA PERSONAL

PARTE I

EL REGRESO DE LA HISTORIA

1. El nuevo nacionalismo.....	42
2. Nunca digas nunca.....	52
3. Compromisos reprochables.....	61
4. Los dos rostros de Jano.....	66
5. Nutopia.....	74

PARTE II

AMOR Y MATRIMONIO: LAS VIRTUDES DEL NACIONALISMO

6. Vivir por encima de nuestras posibilidades psicológicas.....	84
7. Fabricación nacional.....	94
8. Creatividad nacional.....	104
9. Un sitio llamado hogar.....	112

10. Nuestro pan de cada día. El nacionalismo de la vida cotidiana.....	117
11. De sujeto a ciudadano. Educar a una nación.....	122
12. Un breve repaso a los pactos entre clases.....	131

PARTE III

UNA CASA DIVIDIDA

13. La ruptura del pacto entre clases.....	140
14. Una nación, con estrés, muy dividida.....	151
15. Un elefante en la sala.....	158
16. El nacimiento de un nacionalista.....	171
17. El nacionalismo de los vulnerables.....	179
18. El nacionalismo de los ricachones.....	196

PARTE IV

UN NUEVO CONTRATO SOCIAL

19. Liberal(nacional)ismo.....	208
20. Llegó la hora.....	220
21. La carrera hasta la cima. El nuevo contrato social.....	226

*Dedico este libro,
con hondo afecto y admiración,
a mi gran maestro y mentor
sir Isaiah Berlin*

PREFACIO

Mientras escribo estas líneas en plena pandemia de COVID-19, mi mente se debate entre el angustioso mundo que rodea a mi resguardado estudio y las preguntas teóricas que forman la médula de este libro. No dejo de preguntarme qué relación guardan entre sí. Se incluyen, por tanto, al final de este apartado, unas reflexiones previas sobre el nacionalismo en tiempos de coronavirus.

Por arduo que resulte adivinar hacia dónde va el mundo, no parece probable que el hombre vaya a cambiar su naturaleza. Y así, cabe esperar que asuntos como la identidad, el carácter o la autonomía sigan jugando un papel crucial en las formas de pensamiento de personas y naciones. La reciente pandemia nos enseña una valiosa lección: aun en plena crisis global, las personas tendemos a segregarnos en bandos nacionales. Así, al tiempo que declaran la propagación global del virus, los titulares señalan el carácter anárquico del sistema político italiano, sopesan la obediencia alemana, cotejan el comportamiento chino con el estadounidense y rumian la decisión británica de anteponer la libertad personal a la salud pública. Cualesquiera que sean las conclusiones médicas y políticas, la afinidad entre culturas nacionales y la estructura y el proceder de las instituciones políticas es hoy más patente que nunca.

La pandemia ha obligado a los Estados nación a abordar el reto de ofrecer soluciones eficaces contra una galopante sensación de desamparo. De suerte que, en su vaivén entre los polos nacional y global, el péndulo se ha inclinado hacia el primero. No por ello la cooperación internacional se verá interrumpida. Al contrario: los países seguirán compartiendo conocimientos y se echarán una mano cuando toque, pero su prioridad pasará a ser aquello que más convenga a sus propios

ciudadanos. Nos hallamos, pues, en una era de nacionalismo, y cualquier reflexión acerca de este concepto resulta de lo más urgente.

Tras el año transcurrido desde que viera la luz este libro, la realidad política del mundo nos deja claro que los recientes problemas seguirán con nosotros una buena temporada. La crisis del liberalismo y el regreso del nacionalismo no se le escapan a nadie. Mientras los liberales reculan, los nacionalistas se felicitan por haber echado el ancla en tan turbulentas aguas políticas.

Los líderes y movimientos sociales han dejado de hacer ascos a la retórica nacionalista. De hecho, en lo que a Estados Unidos se refiere, lo cierto es que esta jerga se considera a menudo más una virtud que un vicio. El propio Donald Trump no perdió la ocasión de sumarse a este cambio de parecer al definirse a sí mismo como nacionalista. Un globalista —afirmó— «es quien desea que al mundo le vaya bien, aunque, en el fondo, nuestro país le importa un carajo. ¿Y sabes qué? Eso es indeseable. (...) ¿Sabes?, existe una palabrita —que se ha quedado un poco anticuada—: nacionalista. Y me pregunto por qué narices no podemos usarla. ¿Sabes lo que soy yo? Nacionalista. ¿Estamos? Soy nacionalista. Nacionalista. Y no tiene nada de malo. Usad la palabra. Usadla».¹ Estas declaraciones fueron objeto de airadas críticas. Algunas sostenían que, a diferencia de Europa, el *ethos* americano era justo lo contrario del nacionalismo: que en sus albores —antes de la Revolución francesa—, América fundó su identidad sobre principios ilustrados y no sobre rasgos o atributos nacionales distintivos.

«Los americanos», escribe Kim Holmes, de la Fundación Heritage, «nos creemos diferentes porque nuestro dogma es, al mismo tiempo, único y universal. Lo que nos hace únicos es la singular manera en que aplicamos nuestros principios universales. No por ello somos mejores que otros pueblos necesariamente, aunque pienso que la mayoría de estadounidenses

¹ La cita está tomada de William Cummings, «“I Am a Nationalist”: Trump’s Embrace of Controversial Label Sparks Uproar», *USA Today*, 24 de octubre de 2018.

es sí creen que lo son. No es cuestión de un mero alarde de derechos —prosigue— sino, más bien, de constatar un hecho histórico según el cual hay algo realmente único y distinto en los Estados Unidos que se perdería al hablar en términos de nacionalismo».^I ¿Qué podría responder un francés? ¿No son acaso *liberté, égalité y fraternité* principios universales? Por supuesto que sí, pero se tallaron según un molde nacional concreto. Eran, a un tiempo, franceses y universales —al igual que la petición bíblica «¡Deja ir a mi pueblo!» resuena más allá del relato judío—.^{II}

Al contrario de lo que suele creerse, el problema —o la fuerza— del nacionalismo radica, no tanto en su particularismo, sino en su habilidad para ejercer su influjo más allá de las fronteras nacionales. Las formas benignas del nacionalismo son tan contagiosas como las malignas. En este sentido, el temor a una propagación del nacionalismo destructor ya se ha señalado. En 2018 y 2019 asistimos a un brutal aumento de los crímenes de odio y xenofobia. Hacia finales de 2018, la Agencia de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea reveló que el 89 por ciento de los judíos residentes en Austria, Bélgica, Dinamarca, Alemania, Francia, Hungría, Italia, Países Bajos, Polonia, España, Suecia y el Reino Unido estimaban que se había producido un aumento del antisemitismo en sus respectivos países a lo largo de la década anterior, lo que consideraban un importante desafío para la sociedad. A casi la mitad de los judíos le preocupaba recibir insultos o vejaciones en público, y más de un tercio temía ser objeto de agresiones físicas.^{III}

También la islamofobia se ha expandido por Europa y Estados Unidos. En marzo de 2019, la Organización para la Cooperación

I Kim R. Holmes, «The Problem of Nationalism», Fundación Heritage, 13 de diciembre de 2019, <https://www.heritage.org/conservatism/commentary/the-problem-nationalism>

II Michael Walzer, *Exodus and Revolution* (Oxford: Oxford University Press, 1985).

III Eva Cossé, «The Alarming Rise of Anti-Semitism in Europe: European Governments and Public Should Stand Up against Hate», Human Rights Watch, 4 de junio de 2019, <https://www.hrw.org/news/2019/06/04/alarming-rise-anti-semitism-europe>

Islámica (OCI) hizo público su duodécimo «informe de supervisión», que incluye un listado con los incidentes antiislámicos acaecidos entre junio de 2018 y febrero de 2019. Los musulmanes —sostiene el informe— se encuentran entre las principales víctimas del auge del extremismo de derechas en Europa. En Austria, el Centro de Documentación contra la Islamofobia registró un incremento de los actos antiislámicos documentados cercano al 74 por ciento. En Francia, el Colectivo contra la Islamofobia declaró un aumento del 52 por ciento en incidentes islamóforos. En el Reino Unido, el número de casos registrados en las cifras oficiales creció un 17 por ciento. Por último, en los Países Bajos, la Agencia contra la Discriminación declaró que un 91 por ciento de los 151 casos de discriminación religiosa denunciados a la policía afectaban a personas musulmanas. La mayoría de las víctimas de esta islamofobia eran mujeres, sobre todo si vestían el hiyab. «Los ataques contra las mujeres musulmanas incluyen agresiones verbales, impedirles el acceso a ciertos servicios, arrancarles el velo a la fuerza e incluso el intento de violación», junto con agresiones físicas.¹ En Estados Unidos, las actitudes antimigratorias, antimusulmanas y antisemitas se han vuelto preponderantes. Bajo el amparo de Trump, el discurso del odio, la hostilidad racial y la violencia étnica campan a sus anchas.

El brutal asesinato de George Floyd a manos de un agente de policía blanco en Mineápolis dio lugar al mayor clamor reciente en contra del racismo. Los vínculos raciales se tornaron tan volátiles como en los años 60. Con todo, la rabia por la muerte de Floyd marcó un punto de inflexión: la gente ocupó las calles y, de repente, más de una voz nacional retumbó en la esfera pública. Una firme exigencia de inclusión y aceptación hizo frente al odio y la xenofobia. Ambas formas de nacionalismo —uno excluyente y reaccionario, otro progresista

¹ Enes Bayrakli y Farid Hafez (eds.), *Informe Europeo sobre Islamofobia de 2018*, (SETA: Fundación para la Investigación Política, Social y Económica, 2019), https://www.islamophobiaeurope.com/wp-content/uploads/2019/09/EIR_2018.pdf

e inclusivo— pugnan sin reservas por imponerse. Una lucha evidenciada de manera patente en el derribo de estatuas. «En Estados Unidos, los manifestantes la emprendieron primero con los monumentos confederados. Pero, desde entonces, han abierto la veda hasta incluir a expresidentes como Andrew Jackson, un esclavista cuyas políticas expulsaron a los nativos americanos de sus tierras, o Woodrow Wilson, el artífice de la Sociedad de las Naciones, cuyo legado se haya cada vez más en entredicho debido a sus posturas racistas y a su restauración de la segregación entre la mano de obra federal».^I Hacia finales de junio de 2020, la Universidad de Princeton decidió retirar el nombre del expresidente Woodrow Wilson de un edificio de su campus a causa de sus convicciones y políticas racistas, su exclusión de los estudiantes negros de la universidad durante su decanato y sus declaraciones favorables hacia el Ku Klux Klan.^{II} Ese mismo día, la cámara baja legislativa del Estado de Misisipi aprobó una resolución que retiraba el emblema confederado —percibido hoy por muchos como un símbolo racista— de la bandera estatal.

Estas relecturas del pasado nacional, junto al replanteamiento de la línea que separa el oprobio de la gloria, se propagaron a otros lugares del mundo, apuntalando un debate acerca del papel desempeñado en África por parte de Europa. «En Francia, muchos manifestantes la tomaron con Jean-Baptiste Colbert, el estadista del siglo xvii célebre hasta la fecha por su perdurable influjo sobre la política económica francesa, autor asimismo del decreto de 1685 conocido como Código Negro, por el que se regulaba la esclavitud en las colonias. (...) Un manifestante arrojó pintura roja sobre una estatua de Colbert situada frente a la Asamblea Nacional de París y escribió NEGROFOBIA DE ESTADO en su pedestal».^{III} En esta misma línea, «la turba derribó en Bris-

I Norimitsu Onishi, «George Floyd's Killing Forces Wider Debate on France's Slave-Trading Past», *New York Times*, 24 de junio de 2020.

II BBC, «Princeton to Remove Woodrow Wilson's Name from Policy School», 28 de junio de 2020.

III Onishi, «George Floyd's Killing Forces Wider Debate».

tol, Inglaterra, una estatua del traficante de esclavos secentista Edward Colston. En Amberes, Bélgica, las autoridades locales retiraron, como respuesta a las crecientes protestas, una estatua de Leopoldo II, el monarca belga al frente de un régimen abusivo responsable de decenas de millones de muertes en la actual República Democrática del Congo, y cuya codicia dio pie a la disputa europea por las colonias de África».¹ A aquellos que derriban los monumentos de antiguos opresores no les preocupa menos el relato nacional que a quienes se empeñan en protegerlas. Su afán revela que desean hacerse cargo de su propio pasado y formular su relato nacional futuro de un modo más justo e inclusivo.

La pugna por los relatos nacionales nos enseña que, pese al auge del nacionalismo xenófobo en Europa y del trumpismo en Estados Unidos, las formas liberales de nacionalismo inclusivo gozan de estupenda salud. La realidad política e ideológica es mucho más sutil de lo que parece a primera vista. De hecho, me atrevo a sugerir que el nacionalismo liberal está llamado a ser el núcleo de una nueva convergencia ideológica en vías de dominar el discurso político.

I - ¿ES EL NACIONALISMO LO OPUESTO DEL PATRIOTISMO?

Aunque menos llamativos y poco consistentes con la definición del término, numerosos casos de nacionalismo moderado han ido brotando por todo el mundo. La razón por la que esta tendencia pasa desapercibida es que muchos nacionalistas moderados procuran distanciarse de sus adversarios apelando a una diferencia artificiosa entre nacionalismo y patriotismo. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en el presidente francés Macron: en un discurso pronunciado para conmemorar el centenario del final de la Primera Guerra Mundial, Macron yuxtapuso los valores universales de la Revolución francesa al nacionalismo egoísta de Trump, calificando dicho nacionalismo de «traición

Ibid.

al patriotismo». El patriotismo, declaró, «es justo lo contrario del nacionalismo».^I Macron formuló esta distinción por primera vez durante su campaña presidencial con la intención de distinguirse de su rival, Marine Le Pen, presidenta del ultraderechista Frente Nacional. Frente a las excluyentes políticas nacionalistas de Le Pen, Macron proponía un patriotismo inclusivo, declarándose «presidente de todo el pueblo francés, presidente de los patriotas frente a la amenaza de los nacionalistas».^{II}

Para Macron, el patriotismo se define por tres rasgos: (1) es particularista, ya que ensalza la lengua de la nación, así como sus normas, tradiciones, valores e instituciones; (2) es inclusivo, pues se aplica a todos los ciudadanos; y, por último —pero no menos importante— (3) defiende el internacionalismo sin renunciar por ello a un compromiso con la patria. El nacionalismo, por el contrario, separa a los ciudadanos en función de su origen, al subrayar las tensiones entre el «nosotros» y el «ellos» o el conflicto de intereses sobre lo propio y lo ajeno.

Cabría rebatir a Macron en términos semánticos. Su idea de patriotismo se desvía claramente de las definiciones tradicionales. Así, el diccionario de la Academia Francesa publicado en 1798 consideraba «patriota» a quien, enamorado de su tierra natal, se desvive por servirla —«Celui, celle qui aime sa patrie et qui cherche à lui être utile»—. El historiador Alphonse Aulard ha señalado que, durante la Revolución francesa, el vocablo cargaba con dos acepciones: la persona que ama su tierra, y aquella que anhela «ordenar su patria mediante la libertad» —definición que convertía el acto revolucionario en un acto patriótico—.^{III}

En inglés, la acepción de «patriotismo» es bastante similar. El diccionario *Webster* lo define como «amor por la tierra natal (*patria*); una pasión que aboca a la persona a consagrarse

I David Nakamura, Seung Min Kim y James McAuley, «Macron Denounces Nationalism as a “Betrayal of Patriotism” in Rebuke to Trump at WWI Remembrance», *Washington Post*, 11 de noviembre de 2018.

II *Ibid.*

III Aira Kemiläinen, «The Idea of Patriotism during the First Years of the French Revolution», *History of European Ideas* 11 (1989), p. 11.

con celo al servicio de su propio país». Para el diccionario *Cambridge*, el patriotismo sería «el sentimiento de amar a tu país por encima del resto y enorgullecerte por ello». Este mismo diccionario define «nacionalismo» como «un amor profundo o desmedido por tu propio país». Asumo que por «amor desmedido» cabe entender un amor ferviente u obsesivo.

Así pues, la distinción semántica que Macron parece promover carece de fundamento real. Tanto nacionalismo como patriotismo son el fruto de uno de los instintos más naturales del ser humano: el amor por lo propio. Desde el parentesco hasta el amor nacional, concedemos una gran importancia al pronombre «mi».^I Ya se deriven de contratos sociales o se funden sobre afectos, los lazos y deberes generados por el patriotismo y el nacionalismo son particulares. De modo que la distinción entre ambos conceptos —si la hubiere— se basaría en el tipo de peculiaridad correspondiente. Macron abogaría por un patriotismo que no se fundara sobre diferencias étnicas, sino sobre un marco cívico capaz de conceder el mismo rango a todos los ciudadanos, cuyos singulares vínculos serían el resultado de medidas legales y contractuales.

Por sólida que parezca esta distinción teórica entre lazos contractuales —legales y constituyentes— y discursivos —historia, relato, lengua, tradición—, en la práctica, hasta las sociedades fundadas en términos contractuales se acaban deslizando desde lo universal hacia lo particular.^{II} Así ocurre, sin duda, con el nacionalismo francés, basado en principios universales pero, también, en un sólido trasfondo cultural e idiomático y en una idea muy concreta de separación entre Estado secular y creencias religiosas privadas.

Por inclinado que se sienta Macron a desdeñar estas peculiaridades, la realidad se impone. Desde el punto de vista de las minorías —sobre todo musulmanas—, el universalismo francés rezuma cultura y religiosidad. «Se trata de una noción de lo

^I Yael Tamir, *Liberal Nationalism* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1993), cap. 5.

^{II} Yael (Yuli) Tamir, «Not So Civic: Is There a Difference between Ethnic and Civic Nationalism?», *Annual Review of Political Science* 22 (mayo de 2019), pp. 419-434.

universal basada en la convicción de que existe una sola raza humana», señala Achille Mbembe, un camerunés experto en Francia e historia poscolonial. «Pero los franceses confunden sus horizontes con la realidad. El abismo es colosal».^I

Cómo se perciba la *francesidad* es cuestión de perspectiva. En un discurso pronunciado en Marsella, una de las ciudades galas con mayor diversidad, repleta de antiguos combatientes, inmigrantes y expatriados, Macron daría su propia versión: «Cuando contemplo Marsella, veo a la gente de Francia. Miradla. Da la cara. Saca pecho. Está orgullosa de ser francesa. Miradla atentamente. Damas y caballeros del Frente Nacional: en esto consiste el orgullo francés».^{II} No todos los marseleses lo veían así. «Marsella es la capital del *apartheid*», afirma Samia Ghali, alcaldesa de los distritos xv y xvi, amén de senadora nacional por el Partido Socialista. «Nos sentimos solos en el mundo —confiesa—. Nadie quiere ni vernos».^{III} Sobra señalar que el sentimiento de desarraigo cunde también entre buena parte de la «antigua mayoría» (lo que Jean-Pierre Raffarin denominaba la «Francia de arriba»),^{IV} que ya no encuentra en Marsella la Francia que conociera y a la que cuesta afrontar niveles tan altos de diversidad. Ha sido la negación de esta complejidad la que ha hecho de Marsella el caldo de cultivo del Frente Nacional.

Los reiterados fracasos revelan que el patriotismo cívico, contractual y enraizado en principios no es autosuficiente. En países como Alemania, Estados Unidos y la mayoría de los Estados nórdicos —amén de unos cuantos casos que abordaré más tarde— comienza a desdibujarse. Esto nos muestra que dos de los rasgos que, a juicio de Macron, definen el patriotismo, son particularistas y menos inclusivos de lo que algunos pretenden.

I La cita procede de Onishi, «George Floyd's Killing Forces Wider Debate».

II Citado en Yascha Mounk, *The People vs. Democracy: Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018), pp. 209-210.

III Cita tomada de Phil Hoad, «Corrupt, Dangerous and Brutal to Its Poor—but Is Marseille the Future of France?», *Guardian*, 8 de junio de 2017.

IV Christophe Chowanietz, *Bombs, Bullets, and Politicians: France's Response to Terrorism* (Montreal: McGill-Queens University Press, 2016), 196n.143.

La ilusión según la cual no existiría distinción entre miembros y excluidos —esto es, que los sistemas políticos obviarían las diferencias entre sus individuos y tratarían a estos por igual al margen de su idiosincrasia— impide que las fuerzas progresistas moderadas aborden dos importantes retos, con el lastre que esto conlleva. En primer lugar, se muestran reacias a discutir los términos de pertenencia al grupo. Tanto veteranos como recién llegados saben que existen patrones de aceptación, luego están predispuestos a conocer quién puede unirse al grupo y con qué condiciones. La respuesta «cualquiera puede» es falaz e intimidante.

Y, en segundo lugar, movidos por su voluntad inclusiva, los progresistas no solo esquivan las cuestiones demarcatorias, sino que eluden el reto más importante: cómo es preciso tratar a los «otros» que viven con nosotros. En la respuesta a esta pregunta se atisba la diferencia central entre el nacionalismo liberal y xenóforo. Mientras que el nacionalismo xenóforo se alimenta de odio y descrédito hacia el «otro», su homólogo liberal trata a este último con respeto y equidad. Por ello, los nacionalistas liberales conceden suma importancia a disponer de políticas sobre pertenencia e inmigración, y a distinguir claramente entre derechos de acceso y actitudes de respeto hacia esos «otros» con quienes convivimos.

¿A qué se reduce, entonces, la distinción entre patriotismo y nacionalismo formulada por Macron? Tal vez a la pugna por la solidaridad global. Para Macron, los patriotas respaldan el internacionalismo, mientras que los nacionalistas profesan actitudes chovinistas, egocéntricas y aislacionistas. Con todo, la política exterior rara vez responde a ninguno de estos dos extremos; más bien, da cuenta de intereses nacionales, sociales y económicos susceptibles de arrojar, en momentos diferentes, conclusiones en conflicto. Así, cuando los intereses nacionales coinciden con los globales, lo lógico es que redunden en la dirección global; cuando estos intereses chocan entre sí, las políticas proteccionistas ganan popularidad; y en casi todos los casos, la política exterior es una mezcla de ambas.

He aquí algunos ejemplos: el presidente chino Xi es un firme partidario del globalismo y el libre comercio, rasgos inseparables de su agenda nacionalista. Nacionalismo e internacionalismo se solapan en su ambiciosa propuesta de una «Nueva Ruta de la Seda», con la que espera devolver a China su esplendor. Xi es un nacional-globalista, pues entiende que el fomento del libre comercio y de los acuerdos de colaboración redundan en beneficio de su propio país. Macron, por su parte, estima que formar parte de la Unión Europea favorece los intereses de Francia, lo que lo convierte en nacional-regionalista. Trump, por último, juzga que Estados Unidos no ha sacado el partido que debiera a los acuerdos de libre comercio, por lo que desea renegociarlos. Esta misma lógica preside la reforma del NAFTA. El hoy denominado Acuerdo entre Estados Unidos, México y Canadá «pone al día el anticuado NAFTA, con un cuarto de siglo a sus espaldas, dotándolo de protecciones más sólidas para los trabajadores y la economía digital, ampliando el mercado de los granjeros estadounidenses e implantando nuevas normas que fomenten la fabricación de coches norteamericanos».^I Ni Macron, ni Trump ni Xi repudian la escena internacional. Los tres tan solo priorizan sus respectivos países y, en función de sus análisis acerca de cuál es el interés nacional, configuran su política exterior.

Por ende, la auténtica distinción no atañe a nacionalistas obtusos y globalistas abiertos, sino a las diversas valoraciones de costes y beneficios propias de una compleja urdimbre entre intereses nacionales y globales. Como señala con acierto Stephen Walt, «vivimos en un mundo de tercetos nacionalismos reacios a cambiar de buenas a primeras». Luego es preciso admitir que toda política exterior realista habrá de diseñarse sobre la base del nacionalismo.^{II}

De este modo, cabría concluir que la distinción entre patriotismo y nacionalismo es un tanto simplista. Se debe, en gran

^I Ana Swanson y Emily Cochrane, «Trump Signs Trade Deal with Canada and Mexico», *New York Times*, 29 de enero de 2020.

^{II} Stephen M. Walt, «You Can't Defeat Nationalism, So Stop Trying», *Foreign Policy*, 4 de junio de 2019, <https://foreignpolicy.com/2019/06/04/you-cant-defeat-nationalism-so-stop-trying>.

medida, a la necesidad que sienten los políticos de marcar las distancias con sus adversarios. En Francia, el término «nacionalismo» se lo había apropiado la extrema derecha, de modo que Macron se definía a sí mismo como patriota. En cuanto a Estados Unidos, «patriotismo» es un vocablo usado por los demócratas, por lo que Trump se define como nacionalista.

En lugar de rizar el rizo entre nacionalismo y patriotismo, tal vez convenga reconocer un hecho: a semejanza de otras posturas políticas, ambas corrientes comparten un parentesco y entroncan con un ancestro común. Las dos pueden volverse malignas. Pero esta malignidad no es inevitable. El Estado nación puede adoptar casi cualquier forma. «Puede ser fascista o autoritario. Totalitario o democrático».¹ El nacionalismo es una ideología coqueta, dispuesta a solazarse con otras. Algo que puede engendrar una prole variopinta. El nacionalismo liberal es uno de estos retoños: fruto de su relación con las fuerzas liberales, demócratas y progresistas, armoniza valores distintos —en ocasiones, opuestos— y recurre a ideas tomadas de todo el espectro político. Esta mezcolanza resta prominencia al factor nacionalista e impide distinguirlo con facilidad.

Según lo anterior, es fácil obviar el auge de formas moderadas de nacionalismo y reparar tan solo en sus casos más extremos: el surgimiento de un beligerante supremacismo blanco, la proliferación de partidos de extrema derecha en muchos países europeos y el poder extraordinario de que gozan políticos como Narendra Modi, Recep Tayyip Erdogan, Vladimir Putin o Benjamin Netanyahu. Con todo, resulta mucho más fructífero discernir otras formas de nacionalismo más moderadas. Por no hablar de la importancia, a la vista del actual clima político, de apremiar a partidos progresistas, socialistas, liberales y democráticos para que no renuncien al enfoque nacional. Pues, tal vez, lo que deba preocuparnos no sea tanto por qué Trump se define como nacionalista, sino por qué razón los progresistas no han logrado todavía poner el nacionalismo al servicio de sus propios fines.

¹ Holmes, «The Problem of Nationalism».

II - LA ERA DE LA CONVERGENCIA

El resurgimiento del nacionalismo es el resultado de un conjunto de crisis sociales y económicas típicas del siglo XXI. La hiperglobalización, el neoliberalismo, el cambio climático, las oleadas migratorias y, por último, la pandemia del coronavirus han embestido con fuerza la embarcación política, anulando un proceso de legitimación del nacionalismo que viene a sumarse a la creciente necesidad de recurrir al Estado a la hora de promover y cuidar el bienestar de dos grupos de necesitados: los de hoy (contagiados, pensionistas, parados y trabajadores de bajos ingresos) y los del futuro, expuestos a amenazas desconocidas (desde el calentamiento global hasta futuras pandemias).

Esta incipiente «coalición del bienestar» persigue fines nacionales, sociales y ecológicos. Su esencia es simple: el Estado nación debería desempeñar un papel más activo a la hora de definir y proteger sus fronteras, así como ofrecer a su ciudadanía un mayor amparo en lo bueno y en lo malo. Un imperativo que se ha traducido en realidad política. En el año 2020, antes de que el mundo diera un vuelco debido al coronavirus, habían venido surgiendo políticas novedosas como respuesta a las crisis migratorias, la creciente desigualdad social y el calentamiento del planeta. Y pese a que estas cuestiones podrían haberse encarado como problemas distintos, tienen un rasgo en común: le muestran al individuo que no se basta a sí mismo para labrar su destino; que no debe dejar su destino en manos de políticas de no injerencia y que necesita el apoyo del Estado —para lo que es necesario contar con poder político—. En muchos sistemas políticos, esta convicción ha desembocado en una amplia —y un tanto inesperada— convergencia ideológica y política. Veamos algunos ejemplos.

El mismo día de Año Nuevo del pasado 2020, Sebastian Kurz, líder del Partido Popular Austriaco, de centro derecha, accedió a una coalición con los Verdes; un pacto que revelaba la con-

fluencia de estas dos ideologías en materia social, medioambiental y nacional. Los dos socios se estrechaban la mano con el deseo de cumplir las promesas que hicieran a sus votantes en dos principales frentes: la inmigración y el medioambiente. El pacto se compromete —según señalan sus miembros— a cuidar del bienestar de las generaciones presentes y futuras, lo que le valió el apoyo de un amplio sector del electorado, desde votantes conservadores de mediana edad hasta otros más jóvenes y extremistas.

En cualquier caso, Austria no fue la primera. Dinamarca ya había mostrado el camino por medio de un pacto previo denominado «coalición del bienestar». El primer ministro danés Mette Frederiksen, de perfil socialdemócrata, había formado un gobierno gracias al respaldo del Partido Popular Socialista, la Alianza Roji-Verde y el Partido Social Liberal, junto a quienes proponía una postura sólida contra el cambio climático, generosas políticas sociales y mano dura en cuestiones migratorias. Esto permitió a Frederiksen cosechar votos por igual entre la clase obrera y los conservadores, amén de dejar sin nada a la extrema derecha.

Ni Kurz ni Frederiksen son casos aislados. Otros dirigentes avanzan en la misma dirección. Así, el recién electo primer ministro sueco, Stefan Löfven, formó un histórico pacto con los partidos del Centro, Liberal y Verde, en el que combinaba políticas sociales de corte tradicional con un firme compromiso en la lucha contra el cambio climático y una mano más férrea con la inmigración. Suecia parecía inmune a ardores nacionalistas de tipo antimigratorio. Durante algunos años había estado recibiendo con las manos abiertas más refugiados per cápita que ningún otro Estado europeo. Sin embargo, esta política de puertas abiertas acabó resultando contraproducente, pues trajo consigo el mismo malestar social entre oriundos y recién llegados, lo que obligó a Löfven a jurar que Suecia «no regresaría jamás a los masivos niveles migratorios que había recibido durante el otoño de 2015». Lo que el país necesitaba —señaló— era

«una prudente política migratoria que beneficiara a quienes ya vivían en el país».^I A semejanza de Frederiksen, Löfven procura mostrar el tacto suficiente como para respetar a las comunidades de inmigrantes ya existentes y comprometerse a invertir más recursos en su integración social y económica, mientras entorna la puerta y restringe duramente el acceso al país.

Pero la confluencia ideológica no se limita a los países nórdicos. En el Reino Unido, el propio Boris Johnson —aupado a la presidencia desde una plataforma conservadora— tan pronto había virado hacia la izquierda en cuanto a inversión pública y recortes fiscales para los trabajadores pobres, como se había pasado de derechista con el Brexit o sus estrictas políticas migratorias, e incluso había captado la atención de los ecologistas gracias a una promesa ambiciosa y tajante. Para 2050, afirmó, Inglaterra «habrá dejado de contribuir a la destrucción de nuestro hermoso planeta debido a las emisiones de carbono pues, para entonces, seremos el primer país del mundo que alcance la meta de reducir a cero sus emisiones netas».^{II} Al otro lado del Canal, Emmanuel Macron pudo comprobar cuán caro resulta no tomarse en serio la cuestión medioambiental. En junio de 2020, una marea verde anegó Francia después de que un montón de candidatos ecologistas cosecharan importantes victorias en las elecciones locales, lanzando así un rotundo mensaje en la escena nacional acerca de las prioridades del momento.^{III}

El retorno al Estado nación como la mayor fuente de servicios duraderos e intergeneracionales ha dejado de ser una reivindicación propia de progresistas y nacionalistas antiglobales. Se está convirtiendo en el nuevo consenso. Las fuentes que atestiguan la fuerza de este giro ideológico son tan variopintas como

^I Johan Sennero, «Swedish PM Stefan Löfven Wins Second Term», Reuters, 18 de junio de 2019, <https://www.theglobeandmail.com/world/article-swedish-pm-stefan-lofven-wins-second-term-ending-four-month-political>.

^{II} Fiona Harvey, «Johnson Urged to Set Out Firm Plans for UK's Net-Zero Carbon Target», *Guardian*, 6 de febrero de 2020.

^{III} Kim Willsher, «Greens Surge in French Local Elections as Anne Hidalgo Holds Paris», *Guardian*, 28 de junio de 2020.

—a priori— inconexas: desde las normas fiscales del proyecto BEPS (relativo a la erosión de la base imponible y al traslado de beneficios), hasta la llamada Mesa Redonda de Negocios, una asociación formada por los directores ejecutivos de las principales empresas estadounidenses. Ambas fuentes aseguran que debemos ampliar la base imponible de los Estados para poder hacer frente a las demandas sociales, no solo de esta generación, sino también de las venideras.

Las elecciones celebradas en Irlanda en 2020 son una muestra inequívoca de este cambio de prioridades. A pesar de que la globalización había brindado a la economía irlandesa un crecimiento exponencial de la inversión extranjera, Mary Lou McDonald, presidenta del partido nacionalista Sinn Féin, alcanzó niveles de apoyo históricos con una candidatura que proponía resolver los problemas relativos al precio de la vivienda y al sistema de salud, lo que le permitió derrocar al primer ministro Leo Varadkar, de perfil neoliberal. De este modo, la actitud de los votantes expresaba el deseo de abandonar la senda neoliberal, pues reclamaba al Estado que les procurara bienes duraderos y no caprichos baratos. Lo que estas elecciones nos enseñan —a juicio de Fintan O’Toole— es que «el modelo vigente de globalización y libre comercio muestra profundas carencias incluso para sus partidarios, pues ni siquiera en una sociedad rica es capaz de producir aquellos bienes públicos que la ciudadanía espera».¹

Al otro lado del globo se observa una tendencia similar. En 2017, Jacinda Ardern, lideresa del Partido Laborista neozelandés, logró armar un gobierno en coalición con la fuerza derechista Nueva Zelanda Primero (NZF) y con el Partido Verde. Llamado a justificar el pacto de su partido con Ardern, el líder del NZF Winston Peters declaró: «Para muchos compatriotas, el capitalismo, lejos de ser su amigo, ha jugado en su contra —dando a entender que los más vulnerables se habían ido

¹ Fintan O’Toole, «Ireland’s Shock Poll Result Was a Vote against the Success of Globalism», *Guardian*, 16 de febrero de 2020.

rezagando mientras la élite política se iba enriqueciendo—. (...) El capitalismo debe mostrar de nuevo un rostro humano. Esta es una convicción que ha pesado mucho en nuestra decisión».^I Las metas pactadas durante el acuerdo mostraban la confluencia de fines nacionales, sociales y medioambientales: mejorar las condiciones de vida de los más vulnerables, comprometerse a acabar con la pobreza infantil, ofrecer el acceso gratuito a la educación superior, reducir la inmigración, implantar un impuesto sobre el agua y lograr que todos los ríos fueran aptos para el baño en un plazo de diez años.^{II}

Ardern ejemplifica a las claras qué es un líder compasivo. Nadie pone en entredicho su entrega para acabar con la injusticia social y el calentamiento global. Además, se preocupa por la integración social de las minorías y defiende sus derechos. En 2019, tras la masacre de Christchurch que se cobró la vida de 51 musulmanes, las imágenes que mostraban a Ardern visitando la mezquita con la cabeza cubierta por un velo junto a los familiares de las víctimas se volvieron icónicas. Como muestra de empatía, Ardern declaró la abolición de las políticas que impedían la entrada al país a los refugiados procedentes de Oriente Medio y África. En cuestión de poco tiempo, tuvo que dar marcha atrás y volver a limitar el cupo de refugiados llegados de estos países. No es una casualidad. Es este equilibrio entre estrictas leyes migratorias y políticas basadas en la integración de minorías y oriundos ya presentes lo que diferencia la nueva convergencia de los pactos derechistas. Mientras la primera concibe las leyes de entrada como un modo de proteger a una comunidad inclusiva, los segundos las emplean para separar ente «nosotros» y «ellos».

En los Estados del bienestar, el acceso al país trae consigo privilegios. Por eso, es natural que estos Estados se muestren cautelosos con respecto a sus políticas de admisión: en Austra-

^I La cita procede de Eleanor Ainge Roy, «How Reluctant Leader Jacinda Ardern Charmed New Zealand», *Guardian*, 19 de octubre de 2017.

^{II} Eleanor Ainge Roy, «Jacinda Ardern to Be New Zealand's Next PM after Labour Coalition Deal», *Guardian*, 19 de octubre de 2017.

lia, Canadá y Nueva Zelanda, los inmigrantes son seleccionados cuidadosamente. De un modo semejante, Finlandia, Dinamarca y Noruega presentan políticas migratorias estrictas. Estados como Suecia y Alemania, cuyas políticas habían sido demasiado permisivas durante cierto tiempo, se vieron obligados a dar un volantazo y admitir que un volumen migratorio ilimitado era incompatible con políticas sociales generosas.¹ En otras palabras: los Estados democráticos más acomodados pretenden controlar quién y cuántos «se unen al club». Y si bien procuran no alimentar el rechazo hacia quienes son distintos —minorías, inmigrantes, refugiados y exiliados—, exigen e imponen a estos últimos la integración con bastante vehemencia.

Esta confluencia de políticas migratorias, sociales y medioambientales conduce a la formación de un nuevo contrato social en un sentido tanto horizontal —interclasista— como longitudinal —intergeneracional—. Al conceder la prioridad a sus miembros, antepone el interés nacional al global, mira con buenos ojos el proteccionismo y prefiere la intervención estatal frente a las políticas abstencionistas. En este sentido, apela por igual a nacionalistas y socialdemócratas, al tiempo que llama la atención de los ecologistas, quienes entienden que para proteger el futuro del planeta son necesarias inversiones actuales que exigen la formación de pactos transgeneracionales. Por decirlo de otro modo: la convergencia apuntada no es el mero resultado de un momento puntual de coincidencia ideológica. Sobre sus cimientos se erige un enfoque político integrador que recalca la importancia de una «reacción en cadena»: los sistemas de justicia distributiva se basan en la confianza recíproca, sentimiento promovido por la identidad cohesiva, continua y aglutinante, que a su vez exige cierto grado de exclusión y deslinde. Esta demarcación debe su legitimidad a varios principios rec-

¹ A menos que los Estados necesiten mano de obra o presenten escasez, por motivos demográficos, de población joven. En tales situaciones, los Estados son proclives a ofrecer alicientes que atraigan a los jóvenes (aunque solo a aquellos que respondan a sus necesidades). Las cambiantes políticas niponas son un buen ejemplo del modo en que los cambios demográficos alteran las políticas migratorias.

tores —en el caso del moderno Estado nación, se basa en un conjunto de valores tanto nacionales como democráticos—. Por tanto, pese a que el nacionalismo frivoliza con sus socios, a la teoría del reparto democrático no le quedará mucha más alternativa: tendrá que abrirle los brazos.

Esta nueva convergencia es capaz de dar respuesta a preguntas esenciales: ¿quién está en deuda con quién?, ¿cuándo? y ¿con respecto a qué? Aquí el elemento «quién» hace referencia a nuestros compatriotas, para con quienes tenemos obligaciones especiales en virtud del contrato social que nos une. El «qué» alude a las políticas redistributivas destinadas a paliar los daños infligidos por la hiperglobalización y el neoliberalismo, que operaron un traslado de responsabilidades desde el Estado hacia los individuos. Molesta por esta transferencia, la ciudadanía reclama ahora al Estado nación que acuda a socorrerla. No se ve tan satisfecha «por la bajada de precios de bienes y servicios cotidianos debido al libre comercio, como preocupada por necesidades básicas tales como la vivienda, la sanidad, las pensiones o la educación —competencias estatales que se zampan cada vez un bocado mayor de sus ingresos—».¹ Esto exige a los países disponer de más recursos, lo que hace que proliferen las reivindicaciones para gravar con impuestos a las megaempresas, e implantar un impuesto sucesorio y otro a las rentas más altas que estimulen las arcas nacionales. Por fin, el término «cuándo» fija el marco temporal de este contrato social, que supone contraer un sólido compromiso para dotar a las generaciones venideras de una red de protección que les garantice el conjunto más amplio de oportunidades a cambio de su inversión en el bienestar de las presentes —en especial, de sus mayores—.

Desde el flanco derecho —como sucede con Kurz, Johnson y McDonald— igual que desde el izquierdo —véanse Frederiksen, Löfven y Ardern—, tomar las riendas políticas resulta más sen-

¹ James Manyika *et al.*, *The Social Contract in the 21st Century*, informe de McKinsey del 5 de febrero de 2020, <https://www.mckinsey.com/industries/social-sector/our-insights/the-social-contract-in-the-21st-century>.

cillo para quienes dominan la zona de confluencia. En el caso de las fuerzas progresistas y demócratas, las políticas sociales y medioambientales son un plato de buen gusto, pero no ocurre lo mismo con el sabor nacional que acaba de incorporarse a nuestro guiso político. Por desgracia, la clave del éxito va a residir ahora en no omitir ingredientes: en admitir la importancia de un persistente contrato social entre generaciones que convierta al Estado nación en el actor principal de la actividad social, económica y medioambiental, al tiempo que remarca el compromiso en pensar primero en nuestros compatriotas.

¿Esta teoría convergente es aplicable a los Estados Unidos? No cabe duda de que el tufo nacional rezuma hoy por todo el país. Al demonizar a los inmigrantes y convertirlos en su chivo expiatorio, Trump juega sin tapujos la baza nacionalista. Sin embargo, la alternativa inclusiva que ayude a los sin papeles a obtener la ciudadanía mientras reduce la inmigración futura todavía sigue pendiente.^I

Los otros dos pilares —el social y el medioambiental— se hallan muy desatendidos. Pese a que Estados Unidos no es, ciertamente, un Estado del bienestar, la pandemia ha cambiado las reglas del juego. Muchos de los ciudadanos que se mostraban reacios a cualquier intromisión por parte del Estado federal se muestran hoy deseosos de contar con su respaldo. Incluso los habitantes de la América profunda, que venían alimentando —en palabras de Arlie Hochschild— un odio visceral con respecto al gobierno federal, negaban necesitarlo y despreciaban a aquellos que recurrían a él,^{II} buscan ahora su mano auxiliar. La inusitada tasa de desempleo —que, en mayo de 2020, ascendía al 13,3 por ciento, equivalente a un registro de 21 millones de parados—,^{III} sumada a la creciente crisis sanitaria, social y económica, emplazaron a Trump y su equipo a buscar

I David Leonhardt, «The Simple Reason the Left Won't Stop Losing», *New York Times*, 8 de marzo de 2020.

II Arlie Russell Hochschild, *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right* (Nueva York: New Press, 2016), p. 151.

III Informe emitido el 5 de junio de 2020 por la Oficina de Estadísticas Laborales del Departamento de Trabajo de Estados Unidos.

municiones impropias de su arsenal estándar. De este modo, consciente de los ingentes daños causados por la pandemia, el gobierno ofreció subsidios por valor de billones de dólares y, sin embargo, no dijo ni una palabra sobre derechos sociales, ni trató de legislar o implantar instituciones que ofrecieran estas prestaciones, ni mostró la intención de transformar las medidas de emergencia en políticas continuistas.

Pese a que el capitalismo se encuentra en tela de juicio incluso por parte de sus grandes partidarios, todavía sigue pendiente formular una postura más volcada socialmente. En este sentido, el pasado junio de 2020, el *New York Times* publicaba toda una serie de artículos agrupados bajo el título «La América que hace falta». Está surgiendo un discurso que aún permanece a la espera de ser articulado. Y su tercer ingrediente —el medioambiental— no conviene desdeñarlo. Pues lo que necesitamos no es Devolver a América su Grandeza, sino instaurar otro contrato social que, inspirado en los principios de la Gran Sociedad, abarque la esfera de convergencia y muestre una visión sociopolítica a la altura de los tiempos que estamos atravesando.

III - LA PANDEMIA DEL CORONAVIRUS Y EL ORDENAMIENTO NACIONAL DEL MUNDO

La era de la confluencia ya había dado comienzo antes de que la pandemia trastocara nuestras vidas. El coronavirus tan solo ha acelerado una serie de tendencias que estaban cristalizando justo antes de su llegada. Desde entonces, los tres pilares de la convergencia —solidaridad nacional, responsabilidad social e interés medioambiental— han adquirido más relevancia que nunca.

La pandemia ha supuesto un toque de atención para el mundo desarrollado con respecto a los problemas causados por la zozobra tanto sanitaria como socioeconómica, y ha obligado al individuo a poner en cuarentena sus convicciones políticas, sociales y económicas. De lo que cabe extraer una primera lección

—tal vez la más paradójica—: por mucho que la pandemia sea un fenómeno global, ha contribuido a reforzar el concepto de soberanía nacional. Pues, si bien es cierto que el virus no entiende de fronteras, nuestra lucha contra el mismo ha puesto de manifiesto la mentalidad propia de cada país. Uno tras otro, los Estados nación fueron cerrando sus puertas, adoptaron medidas para proteger a su ciudadanía y miraron ante todo por el bien de su país.

Ante la amenaza de que sus territorios se plagaran de víctimas, los países separaron por la fuerza a su población del resto. Una política, esta, cuya conveniencia médica es de lo más discutible, pues lo más probable es que un italiano afincado en Milán se encuentre mucho más próximo a un suizo de Lausana —tanto en un sentido geográfico como económico, comercial, cultural y personal— que a un compatriota siciliano. Una estrategia más eficaz podría haber consistido en ignorar las fronteras nacionales y cartografiar las interacciones socioeconómicas. Sin embargo, el sentimiento nacional se impuso, demostrando una vez más que, en momentos de crisis, buscamos el calor de nuestros compatriotas.

Los otros —es decir, los residentes fuera de nuestras fronteras— se convirtieron en una amenaza. Italia fue el primer país europeo que tuvo que hacer frente a la pandemia. A modo de reacción, los italianos no solo cerraron sus puertas a los viajeros procedentes de China, sino también a los ciudadanos de sus países vecinos. En cuestión de poco tiempo, España, Austria, Polonia, la República Checa, Suiza, Georgia y Rusia fueron haciendo lo propio. Hasta Emmanuel Macron —uno de los grandes paladines de la Unión Europea— daría su brazo a torcer. Aunque, en un primer momento, el presidente francés había señalado que el virus «carecía de pasaporte» y estaba despojado de matices nacionales, le acabó temblando el pulso y terminó entonando el salve nacional. «Es momento —señaló— de velar por nuestros compatriotas y de permanecer juntos como nación. Ha llegado la hora

de aquella unión sagrada que consiste en remar juntos en la misma dirección, sin sucumbir al miedo ni a la autocomplacencia, sino apelando a aquella fuerza del ánimo que permitió a nuestro pueblo sobreponerse a tantas crisis a lo largo de la historia».^I También Angela Merkel cedió. Pese a su deseo inicial de mantener abiertas las fronteras, con el paso de los días el miedo hizo mella en su postura y Alemania cerró la frontera con sus vecinos. Por su parte, el primer ministro canadiense Justin Trudeau anunció que se cerrarían las puertas a los extranjeros, salvo en el caso de los ciudadanos estadounidenses. «Es momento de adoptar las máximas precauciones para mantener a salvo a nuestra gente», declaró.^{II} No mucho más tarde, el 18 de marzo de 2020, Trudeau anunciaba, junto con Donald Trump, el acuerdo para cerrar la frontera entre sus dos países con el fin de contener la propagación del virus. Casi al unísono, el propio Trump declaraba que la frontera entre EE.UU. y México también se cerraría.

Los organismos internacionales en general, y la Unión Europea en particular, tardaron en reaccionar. Para cuando esta se avino a clausurar sus fronteras, la mecha nacional ya había prendido y la Unión no tuvo más remedio que admitir, aun a regañadientes, que fuera cada país quien fijara su propia política. El Acuerdo de Schengen —que instauraba el libre tránsito de personas dentro de Europa— fue sometido a prueba y fracasó. Un desgaste que se agravaría tras la solicitud por parte de Italia y España de la emisión de los coronabonos, un nuevo instrumento de deuda que combinaba valores de los distintos países con el fin de mitigar el tremendo impacto económico causado por la pandemia. Una iniciativa que se topó con la oposición inicial de Alemania y los Países Bajos. «¿Para qué sirve la UE si no nos ayuda ahora?», se preguntaban los responsables italianos.

I «Statement to the French People by M. Emmanuel Macron, President of the Republic, on the COVID-19 Coronavirus», Ministerio para Europa y de Asuntos Extranjeros de Francia, Declaraciones y comunicados oficiales, 16 de marzo de 2020, <https://franceintheus.org/spip.php?article9654>

II Jean Kirby, «Canada Imposes Strict Entry Restrictions to Slow Coronavirus Spread», *Vox*, 16 de marzo de 2020.

Cada uno de los países afectados por la crisis fueron escenario de un mismo ritual: sobre el trasfondo de la enseña nacional, sus dirigentes hablaban a la ciudadanía para anunciar las últimas restricciones junto con otros posibles planes de apoyo, palabras que culminaban con un broche alentador: «Somos fuertes», «Estamos juntos» y, cómo no, «Dios bendiga nuestra patria». Nada define mejor este panorama que el discurso pronunciado a la nación por la reina Isabel II el pasado 6 de abril de 2020. Mientras su hijo, el príncipe Carlos, permanecía en cuarentena y el primer ministro inglés Boris Johnson recibía cuidados intensivos, la reina se dirigió a los británicos —en una remembranza de discursos semejantes pronunciados en otros tiempos de crisis—. «Albergo la esperanza —declaró— de que, en años venideros, recordaremos con orgullo nuestra respuesta ante semejante reto. Y que, quienes nos contemplan, recordarán la fortaleza de esta generación de britanos. Que la obediencia, la jovial campechanía y el compañerismo plácido sigan ornando a este pueblo. Pues el orgullo de nuestra valía no se limita al pasado, sino que define nuestro presente y futuro».¹

Hasta los maltrechos italianos se enfundaron la enseña tricolor para salir al balcón y entonar el himno del país. Pero la solidaridad nacional no se redujo a ondear la bandera. La pandemia apuntaló la importancia de servicios estatales capaces de hacer frente a una emergencia: las aerolíneas, las fuerzas de salvamento, los servicios sanitarios, la educación o los sistemas de transporte público se convirtieron de golpe en baluartes nacionales. De repente, nacionalizar una compañía aérea parecía una decisión sensata, tanto como la absorción parcial y transitoria de hospitales, cadenas de suministro farmacéuticas u otros medios productivos. Y si la crisis económica llegaba a recrudecerse, los Estados podían valorar, e incluso controlar, servicios propios del sector privado como los cajeros, las farmacias o los supermercados.

¹ BBC, «Coronavirus: The Queen's Broadcast in Full», 5 de abril de 2020, <https://www.bbc.com/news/uk-52176208>

La recesión económica derivada de la crisis sanitaria exige asimismo a los Estados que jueguen un papel activo en el marco del empleo y los acuerdos laborales ante el creciente número de parados y despidos. De este modo, se les pide que decidan quién merece ser salvado, de qué modo y cuánto tiempo. En flagrante oposición con lo ocurrido tras la crisis financiera de 2008, el rescate exige ahora una inversión generosa de los fondos públicos en beneficio de los trabajadores, no de los bancos.

La era en que el ambiente académico y nuestros representantes tachaban la empresa pública de tremendamente cara, ineficiente e incluso corrupta parece haber terminado. Hoy, la gente se encarama a sus balcones para aplaudir o encomiar a médicas y enfermeros, a empleados sanitarios y otros muchos cuidadores que ocupaban, no hace mucho, el escalafón más bajo de nuestra escala social. Muchos de estos sanitarios son mujeres de clase media-baja y miembros de minorías que las pasan canutas para llegar a final de mes. Ahora son nuestros héroes. No sería, pues, de extrañar que, en la era pospandémica, exista una pensión especial —basada en el G. I. Bill— destinada a cuidar de las personas propias de estas profesiones y motivar al resto a unirse a ellas.

La pandemia actual muestra a las claras que en ausencia de unos servicios públicos robustos —y abundantes— los Estados no podrán sobrevivir. El coste socioeconómico de adelgazar los Estados y privarlos de un sistema sanitario o educativo de competencia estatal ya no se le escapa a nadie. Que 30 millones de estadounidenses carezcan de seguro médico y una cifra semejante de trabajadores no disponga de bajas remuneradas por enfermedad empieza a convertirse en un problema nacional. El dramático estado de fragilidad de la Sanidad pública británica representa un reto para el gobierno de Johnson y para el conjunto del pueblo británico, del mismo modo que a Italia le está saliendo muy cara su falta de planificación pública.

El rigor de la pandemia está empujando a los gobiernos a revisar sus políticas. Hasta hace poco tiempo, la piedra de toque

con que se medía la estabilidad financiera de un país era su nivel de deuda. Ahora lo es su habilidad para proporcionar una cobertura médica robusta y universal o un sistema educativo eficaz, para reactivar la economía, mejorar el poder adquisitivo de su población y crear nuevos puestos de trabajo. Se trata de una lección que está calando muy rápido: conservadores, socialistas y centristas se disputan por igual quién destinará más fondos a los necesitados. Ni rastro, pues, de la «mano invisible». El activo papel del Estado nación a la hora de lidiar con crisis sanitarias, sociales y económicas salta a la vista.

Para mayor ironía, la índole internacional de esta plaga dejar claro que no existe alternativa ni escapatoria viables. Al ritmo en que, una tras otra, van cerrando las fronteras y se va re-crudeciendo el trámite de visados, los irredentos trotamundos tendrán que hacerse a la idea: su supervivencia pasa, en buena medida, por sus países de origen y por los servicios que estos puedan ofrecerles. La salud ya no es un bien personal, sino colectivo. Hasta quienes se refugian en sus mansiones pueden llegar a cruzarse con personas infectadas. En resumidas cuentas: si la vida de tus compatriotas corre peligro, la tuya también.

El hecho de que regios y famosos formaran parte de los primeros contagios por coronavirus tan solo ha consolidado actitudes preexistentes de tipo antielitista. Titulares procedentes de todas partes del mundo calificaban la covid como el virus de los ricos. *Los Angeles Times* publicaría un reportaje en el que revelaba cómo algunos de los mexicanos más acaudalados habían traído el virus al país tras viajar a Colorado para esquiar.¹ Por su parte, la prensa uruguaya aireó el caso de la diseñadora Carmela Hontou, que había contraído el virus en Madrid y regresó al país para asistir a una boda, contagiando de este modo a sus asistentes. El titular rezaba: «Uruguay creía haber esquivado el coronavirus hasta que una pija adinerada regresó de Europa».¹¹

¹ Kate Linthicum, «Some of Mexico's Residents Went to Colorado to Ski. They Brought Home Coronavirus», *Los Angeles Times*, 20 de marzo de 2020.

¹¹ Sarah Smith, «Uruguay Thought Coronavirus Had Passed It by until a Wealthy Socialite Came Home from Europe», *Zenger*, 23 de marzo de 2020.

El *New York Times*, por su parte, cargó las tintas contra pacientes famosos que se habían beneficiado de un acceso privilegiado a los test.

En Alemania, *Der Westen* hizo público un artículo con el incendiario eslogan: «Ricachones y coronavirus: los multimillonarios y su conducta antisocial». El artículo citaba un *tweet* en el que se aseguraba cuál era la mejor forma de saber si un estadounidense tenía el virus: «toserle a un rico en la cara y esperar a que la víctima recibiera los resultados del test».^I Por su parte, *The Guardian* revelaba que «las personas más ricas del mundo estaban fletando aviones privados para trasladarse a sus guaridas vacacionales o a refugios diseñados contra una catástrofe ubicados en países que, hasta entonces, parecían haberse librado de las peores olas del virus».^{II} Mientras todo esto ocurría, el número de famosos contagiados no paraba de crecer. Y lo que es peor: según iban aumentando las cifras de contagios y muertes entre las personas pobres, la imagen de una élite contagiosa prendía como la pólvora, azuzando más aún la actual guerra de clases.

Que el foco inicial del virus hubiera sido Hunan —una de las provincias chinas con más músculo económico y en rápido crecimiento—, para después propagarse a las regiones más ricas del norte de Italia, mostraba con claridad que debíamos ampliar el término «vulnerable» para que este designara a miembros de cualquier clase. Y aunque es demasiado pronto para saber si se acabará imponiendo la solidaridad sobre esta lucha de clases, de algo no hay duda: buena parte de la rabia que desata la pandemia recaerá sobre los ricos —que pagarán, además, muchos de los platos rotos—. El fraude y los paraísos fiscales van a quedar obsoletos. Los coronaimpuestos podrían llegar a ser moneda corriente. Se limitará la independencia fiscal de las megacompañías, que se verán obligadas a tributar la cuota que les toca.

I Rainer Zitelmann, «The Superrich Are Increasingly Coming under Attack during the Corona Crisis», *Forbes*, 13 de abril de 2020.

II Rupert Neate, «Super-rich Jet off to Disaster Bunkers amid Coronavirus Outbreak», *Guardian*, 11 de marzo de 2020.

Algunas de estas de empresas ya han empezado, de hecho, a dar fe públicamente de su elevado sentido de la responsabilidad. El manifiesto emitido por la Business Roundtable, que reformula los fines de toda corporación responsable destinada a promover una economía al servicio de los estadounidenses, está transformando la cultura empresarial de actores interesados a alianzas de accionistas. Hace poco, Starbucks publicó una declaración en la que detallaba las medidas adoptadas con el fin de proteger económicamente a sus empleados durante el cierre provisional de sus establecimientos. Otras empresas no tardarán mucho en hacer lo mismo.

Pese a los ingentes daños causados por la pandemia, es un alivio advertir que esta deja un panorama imposible de alumbrar para otros muchos sucesos: ha colocado en el centro del escenario político un tipo de nacionalismo cívico y territorial, cuya mayor prioridad consiste en la protección de sus propios ciudadanos. Tan solo cabe esperar que esta nueva coyuntura apuntale el andamiaje inclusivo de los Estados nación, al fomentar la solidaridad entre compatriotas, y legitime el Estado del bienestar mientras promueve el deseo de estrechar lazos internacionales para la cooperación al otro lado de nuestras fronteras. De ser así, nos sorprenderá advertir que el coronavirus ha logrado convertir el nacionalismo cívico moderado en una opción deseable. Pues, aunque sobran motivos para la congoja, también hay espacio para la esperanza.

PREÁMBULO

El nacionalismo es uno de esos vocablos que hace saltar un resorte interior que nos obliga a expresar, inclusive en compañía de personas educadas, nuestra profunda repulsa. Vinculado a la agresión militar, el genocidio o las limpiezas étnicas, el término está marcado con los mayores horrores del siglo xx. En los tiempos que vivimos, un grupo de demagogos, tanto europeos como estadounidenses —Donald Trump, Marine Le Pen y Viktor Orban, entre otros— se empeñan en blanquearlo, alimentando en su nombre ideas como el nativismo, la xenofobia y el fanatismo religioso.

Yael «Yuli» Tamir conoce a la perfección cuáles son esos demonios que el nacionalismo puede desencadenar. Pero advierte, al mismo tiempo, algo que en estos momentos pocos liberales ven: que las democracias modernas están tan necesitadas de nacionalismo —o del Estado nación— como puedan estarlo del liberalismo. Como argumenta la autora de este apasionante libro, varias décadas de prosperidad económica y de un supuesto consenso en el ámbito político basado en ciertos principios liberaldemócratas nos han vuelto miopes para apreciar la labor que el nacionalismo estaba llevando a cabo entre bastidores. Plantea una tesis osada: la obra del nacionalismo ha sido, en su mayoría, de carácter constructivo. En opinión de la autora, el aumento de oportunidades económicas, el progreso educativo y la equidad política han sido, sin excepción, el fruto de «una alianza entre el Estado y la nación». Ninguna otra institución ha sido tan exitosa como el Estado nación, y tampoco parece que dispongamos de muchas alternativas.

Más valiente todavía es la reivindicación que formula Yuli Tamir de intentar recuperar el *ethos* nacionalista. Con este fin, se pregunta: «¿“América es lo primero” es un eslogan fascista?» Y nos responde: «no siempre». Conviene dejar muy claro que con

ello no defiende, ni mucho menos, el nativismo xenófobo típico de Donald Trump. En su opinión, el nacionalismo no implica necesariamente albergar un sentimiento de supremacía con respecto a otras naciones. En su lugar, puede instaurar el «deseo de regenerar los lazos que unen a los compatriotas». Así pues, los liberales deberían reflexionar sobre el rol integrador que acaban desempeñando, de manera indefectible, los relatos culturales de índole compartida y transversal.

Lo que a tantos liberales y socialistas les incomoda admitir es que «ningún contrato social ni sistema equitativo funcionaría en un contexto político abierto» —esto es, límite o norma alguna que delimite a los miembros frente a quienes no lo son—. La nación y el Estado se necesitan. Para ilustrar este punto, Tamir subraya el contenido cultural y psicológico del nacionalismo —ese engranaje hermenéutico que nos empuja a hermanarnos—. Algo igual de relevante son sus rasgos económicos. Y es que la nación, comoquiera que haya sido edificada, necesita que el Estado le proporcione aquello que los economistas denominan «bienes públicos» —es decir, educación, infraestructuras, leyes y orden—. El Estado, por su parte, recurre a la nación en busca de legitimidad, confianza interpersonal y un destino compartido.

De todo esto se desprende una cuestión capital: ¿cómo se forman los pueblos? Liberales y nacionalistas discrepan sobre aquello que Tamir denomina el «*ethos* fundacional»: mientras los últimos subrayan la importancia de la historia y el destino, los primeros se decantan por el voluntarismo. Sin embargo, como argumenta la autora, el voluntarismo auténtico tan solo está al alcance de pocos afortunados. Apenas una exigua minoría formada por lumbreras e inversores puede permitirse el lujo de pulular por el mundo en pos de lazos sociales más amplios y mayores oportunidades económicas. Estos globalistas cosmopolitas —ciudadanos de ninguna parte, por emplear la sugerente expresión de Theresa May— desatienden sus deberes para con su propia patria sin asumir, por ello, responsabilidades equivalentes en algún otro lugar. El resultado de ello es una polarización económica y social

en el seno nacional, que hace mucho más difícil formular un «relato integrador». Mientras las élites ahuecan el ala con el pretexto globalizador, en el tablero político ahora campan a sus anchas extremismos nativistas.

Tamir asume que el nacionalismo puede resultar sectario y mostrar su peor cara cuando se empeña en violar los derechos de las minorías. Si queremos evitarlo, es necesario aceptar el derecho a ser distintos y fomentar la empatía hacia aquellos ciudadanos pertenecientes a culturas ajenas. En el fondo, lo que sostiene la autora es que su noción de nacionalismo es una suerte de pacto entre axiomas liberales y patrióticos —«una mezcla reprochable», dirá ella—. Lo que este libro defiende, como lo expresara Tamir en un trabajo anterior, es el nacionalismo liberal. Rompe una lanza por el liberalismo, pero no sin condiciones.

No faltarán liberales que reprochen a esta tesis su pretensión de ensalzar la «identidad» y «cultura» de las mayorías en detrimento de otras más minoritarias. Sin embargo, se pongan como se pongan, van a tener que abordar el reto que Yuli Tamir plantea. La xenofobia y el nativismo no tienen excusa alguna; pero esto no resta un ápice de relevancia moral a las exigencias que formulan los desposeídos por el globalismo neoliberal, que anhelan ser escuchados y tratados dignamente.

Al igual que cualquier ideología, el nacionalismo puede ser edificante pero también destructivo. El gran logro de este libro es conseguir recordarnos ese valor positivo. Su autora no se limita a constatar lo más obvio —que el Estado nación vuelve a estar entre nosotros—, sino que ofrece argumentos para asumir la defensa de un concepto necesario en nuestra vida política. Lo que sugiere Tamir ya no es solo que podamos usar el nacionalismo por nuestro bien colectivo; sobre todo, es que debemos hacerlo. Hagámosle caso antes de que los fanáticos se salgan con la suya y sea demasiado tarde para arrebatar el nacionalismo a los fascistas.

Dani Rodrik

NOTA PERSONAL

Soy un ejemplar político de una estirpe peculiar. Durante toda mi vida he sido activista sindical, militante convencida por los derechos humanos —al tiempo que fundadora del movimiento israelita por la paz y, en su día, presidenta de la Asociación Pro Derechos Humanos del país— y politóloga de corte liberal. En mi vida privada, he tenido la gran suerte de dar vueltas por el mundo. Tal vez por este motivo, parecería natural que me declarara una firme partidaria de la globalización y su acervo de valores: la apertura de fronteras, el librecambismo y la libertad de tránsito entre personas. Sin embargo, siempre me ha parecido que el liberalismo desdeñaba el componente humano. Aunque la teoría política debería prestar oídos a nuestras carencias y aspiraciones, el liberalismo parece haberse afinado para entonar una experiencia vital muy concreta.

Tuvo que ser mi niñez lo que me hizo más sensible a las cuitas nacionales. Durante un montón de años, mi postura favorable a ciertos nacionalismos muchos la consideraron —en el mejor de los casos— de lo más intrascendente, apenas una antigualla de un pasado turbador que se acabaría oxidando. En algunas ocasiones, mis colegas académicos miraban para otro lado; otras veces confiaban que por fin lo superara. Pero cuando todo el mundo empezó a cantar victoria ante el auge liberal, yo lo encaré de otro modo. Quizá mis años en la política —con dos carteras distintas en el gobierno israelí, primero como ministra de Inmigración (1998-2001) y más tarde a cargo de Educación (2006-2009)— me ayudaron a entender hasta qué punto el tirón de la tesis liberal mostraba un sesgo de clase —en concreto, hacia la mía—. También pude darme cuenta, con suma consternación, que los miembros de otras clases no eran de ese parecer. Fue entonces cuando sentí, bajo mis pies liberales, que todo el

suelo temblaba. La calculada alegría del festejo liberal no era lo que lo causaba: este seísmo se debía al carácter excluyente de la consabida fiesta, pues mientras que mis amigos disfrutaban de la juerga, un mogollón de personas la miraban desde fuera.

En el año 2001 publiqué un artículo titulado «Clase y nación» donde decía lo siguiente:

El nacionalismo defensivo y reaccionario representa una amenaza para aquellos que pretenden seguir surfeando las olas de los mercados globales. Este tipo de personas percibe el nacionalismo como una molesta rémora de añoranzas trasnochadas; pero para los demás, este encarna todavía la senda socioeconómica más rentable de todas. Así pues, parece lógico que las clases estancadas se terminen planteando obligar a las pudientes a adoptar ese camino —algo que pueden lograr con suma facilidad con tan solo someterlas a diferentes presiones e incluso, llegado el caso, a través de la violencia social o política—. Cada vez que los miembros de las clases más boyantes intenten desentenderse de sus deberes sociales y pretendan ignorar o haber resuelto el conflicto, sufrirán la acusación de ser unos vendepatrias. Así es como la contienda entre las distintas clases se acabará formulando en términos nacionales.

Luego Marx se equivocó al pronosticar el siglo para esta guerra de clases. Pues si esta debe estallar, lo hará en el siglo XXI. La solidaridad internacional del proletariado no tomará parte en ella. De hecho, las clases más pobres se pelearán entre sí tanto como con las élites. Cuando llegue ese momento, la gente de clase media —asimismo amenazada por la globalización— decidirá cerrar filas al lado de los más pobres, lo que dotará a este grupo de una fuerza social imposible de ignorar.

Los proletarios del mundo jamás estarán unidos. En el fondo, esto no les interesa. De hecho, el nacionalismo se quedará con nosotros una larga temporada. Y por desgracia, es posible que esta ideología propia de los aristócratas se acabe convirtiendo en su peor pesadilla. Irá tendiendo la mano a

cualquier ideología que le resulte propicia y blanquee su sectarismo. En concreto, su vertiente más xenófoba, que encarnan Marine Le Pen, Jörg Haider o el último Pim Fortuyn —junto con los partidarios de imponer deportaciones en territorio israelí o de políticas blancas para Australia o California— se irá popularizando. A pesar de lo anterior, el nuevo nacionalismo, contra lo que muchos piensan, no es el fruto irracional de las pulsiones más bajas. Es un ideal razonable movido por medio del que las masas buscan lo que les conviene y tratan de protegerse de una quimera global incapaz de seducirlas.

¿Cabe frenar esta inercia o evitar estas dinámicas? La crisis mundial que estamos atravesando nos abre la puerta al cambio. El ataque terrorista del 11 de septiembre concienció a las clases móviles y acaudaladas de América sobre una serie de riesgos que las tornan vulnerables. La actual crisis económica redundante en ese sentido. Tal vez logre inocular en las clases más pudientes el deseo de regresar a la que fuera su casa, y las invite a instaurar un «comité de riesgos» que cuide sus intereses y se ocupe, al mismo tiempo, de los de las clases bajas. Si esta va a ser la lección que nos deje el 11S, entonces conseguiremos fomentar la paz social y eludir las disputas entre clases. Empero, si permitimos que los distintos estratos sigan caminos opuestos, pronto llegará el desastre.¹

Ni que decir tiene que, en los diecisiete años transcurridos desde el 11S, no hemos avanzado mucho; de hecho, vamos a peor. Son muchos quienes asumen que es momento de cambiar. He escrito el presente libro con la esperanza de que la melancolía y el derrotismo que cunde en estos momentos en el bando liberal deje paso a una conciencia política renovada capaz de alumbrar ideas frescas y acuerdos más saludables.

¹ Yuli (Yael) Tamir, «Class and Nation», en *Cultural Diversity versus Economic Solidarity: Is There a Tension? How Must It Be Resolved?*, Philippe Van Parijs (ed.) (Bruselas: De Boeck Université, Francqui, Scientific Library, 2004), pp. 152 y 154.

Para que todo esto ocurra, los liberales van a tener que admitir que muchos de sus errores decisorios e ideológicos tenían un denominador común, su pobre interpretación de un concepto capital: la libertad humana. Y es que la libertad no ha consistido jamás en la posibilidad de transitar o comerciar sin obstáculos; tiene mucho más que ver con nuestra capacidad para regir nuestra vida, tomar decisiones sabias y vivir con dignidad. A lo largo de varias décadas, los liberales han preferido omitir que esta última libertad no solo mostraba límites por cuestión de raza o género, sino que estaba asociada a la pobreza heredada e intergeneracional de nuestro lugar de origen. La importancia marginal de los problemas de clase sumada a las reticencias de esta ideología política a convertir la pobreza en un ariete político de primer orden alejó nuestros debates de los problemas cruciales para la gente de a pie que está con el agua al cuello. De este modo, los miembros de las clases medias perdieron su confianza en élites y gobernantes de corte liberal, cuyo deseo de velar por los intereses de los distintos estratos sociales pusieron en entredicho.

Nos estamos adentrando en un periodo histórico que va a caracterizarse por el declive de la confianza social y la erosión del liderazgo liberal y progresista. Volvemos a plantear a los liberaldemócratas las preguntas habituales de momentos decisivos: ¿Quiénes somos? ¿Qué define la identidad política de nuestra comunidad? ¿Puedo confiar en el prójimo? ¿Cómo hay que trabajar juntos para labrar un futuro que nos dé seguridad? Por desgracia, de momento carecemos de respuestas adecuadas.

El nacionalismo lleva toda la vida encarando estas preguntas y, por eso, ha regresado. Sin embargo, en ausencia de unas fuerzas liberales y democráticas capaces de moderarlo, lo más fácil es que se vuelva dañino. Si queremos evitar que saque los pies del tiesto, tendremos que renovar el antiguo pacto entre nacionalismo, liberalismo y democracia. Este ya dio al siglo xx algunas de sus cotas más altas, y podría acabar salvando este siglo XXI. Al fin y al cabo, la manida crisis de las democracias

modernas es el efecto directo del fracaso de este pacto. No es posible restaurar la democracia con un plan utilitario; lo que hay que poner en marcha son proyectos nacionales —es decir, distintos marcos que nos ofrezcan razones y motivos para volver a cuidarnos y velar por los demás—. Así que sustituyamos el narcisismo egoísta por un genio colectivo que sabrá sacar partido al nacionalismo. Ojalá el presente libro ofrezca un punto de apoyo para devolver su lustre al Estado nación y ponerlo al servicio de la mayoría, no solo de unos cuantos.

PARTE I

EL REGRESO DE LA HISTORIA

*La esperanza es algo muy distinto del optimismo.
No es tanto el convencimiento de que todo saldrá
bien, sino más bien la certeza de que algo tiene
sentido pese a cualquier resultado.*

VACLAV HAVEL,
Disturbing the Peace (1986)

1. EL NUEVO NACIONALISMO

Hace mucho tiempo que nuestras calles asisten a desfiles de banderas nacionales. Hoy quienes las enarbolan marchan por todo el planeta: de Barcelona hasta Francia; desde Austria a Gran Bretaña; en las avenidas kurdas, en los Estados Unidos, en las plazas de Estambul. Tanto a favor como en contra de cualquier causa política, ondear las banderitas se ha vuelto a poner de moda. El nacionalismo aflora.

El resurgimiento del nacionalismo ha pillado al mundo con el pie cambiado. Este siglo estaba llamado a ser liberal y democrático. La historia se acabaría y nuestro ufano planeta brindaría a sus habitantes una mayor cercanía. Los liberales creyeron que la presente centuria —que se había iniciado en el 45— traería el final de las guerras, el auge de la razón y el preludio de una nueva Ilustración. Semejante panorama encandilaba el ingenio, pues nos prometía un crecimiento incesante, oportunidades por doquier y el auge imparable del bienestar. Cada generación nueva tendría una vida mejor que la de sus ancestros.

Por desgracia, la entrada en el siglo XXI ha venido de la mano de crisis socioeconómicas. Muchos de los hitos alcanzados en décadas anteriores se hallan hoy amenazados, y el miedo a una recaída por parte del capital atormenta a nuestros jóvenes, que temen por el futuro de sus padres y sus hijos. Por tanto, cae por su peso que la euforia liberal no tiene ya buena prensa, y quienes hace unos años exclamaban «¡Sí se puede!», hoy ven las cosas más negras.

Después de acontecimientos como el éxito de Trump, la culminación del Brexit, el creciente apoyo a bloques separatistas, el auge de una nueva derecha en muchos países europeos o la proliferación de sentimientos nacionales y religiosos por todo el mundo, los liberales se frotan los ojos. ¡Estaban tan convencidos

de cuanto habían logrado! El propio Michael Moore lo resume con orgullo:

Las cosas han mejorado. La izquierda ha ganado las batallas culturales. Tanto gays como lesbianas ya pueden casarse. Da igual lo que se pregunte a los estadounidenses: en casi cualquier encuesta, la postura liberal resulta mayoritaria. ¿Desea igualdad salarial entre hombres y mujeres? Desde luego. ¿Autorizar el aborto? Afirmativo. ¿Endurecer las leyes medioambientales? Cómo no. ¿Más control sobre las armas? Adelante. ¿Legalizar la maría? Por supuesto.¹

Pero un buen día, de camino a casa, Moore se topa con un hombre que le suelta: «Mike, (...) tienes que votar a Trump. ¡Hay que enderezar las cosas!». ¿A qué había venido aquello? Las palabras de aquel tipo consiguieron que Moore se detuviera a pensar. Ahí reside la virtud de muchos de los recientes acontecimientos políticos: nos imponen una pausa para reconsiderar cómo hemos interpretado los principales avances sociales y económicos del último medio siglo.

Con frecuencia, nos cuesta reconocer los puntos de inflexión históricos —y solemos admitirlos a toro pasado—. Hechos como el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, la inmolación de un mercader tunecino corriente y la primera patera repleta de refugiados en plena travesía por el Mediterráneo han cambiado nuestro mundo, pero el profundo alcance de este cambio nos ha costado un tiempo comprenderlo. Tenemos la manía de analizar los hechos a posteriori. ¿Por qué protesta la gente? ¿De qué huían los refugiados que comenzaron un día a cruzar el Mediterráneo? ¿Por qué razón aquel tipo no pensaba, como Moore, que todo había mejorado? En gran medida, este libro da respuesta a esas preguntas. Pero, a diferencia de otros muchos analistas, que cargan las tintas

¹ Michael Moore, «5 Reasons Why Trump Will Win», *Michael Moore*, <https://michaelmoore.com/trumpwillwin>